

Cecilia Espinosa Villegas

Retrospectiva de las inundaciones en la Ciudad de México*

Transformación del paisaje

A lo largo del tiempo, la cuenca del Valle de México ha sufrido importantes cambios que han transformado por completo su aspecto fisiográfico y sus condiciones hidrológicas. En este valle se ubica la Ciudad de México, cuya característica principal es estar rodeada por una franja volcánica y áreas montañosas que le dan un peculiar aspecto. En el área montañosa se encuentra la Sierra de Guadalupe, la Sierra de Santa Catarina, el Peñón de los Baños, el Cerro de la Estrella y el Chiconautla. Las características topográficas son causantes de los abundantes escurrimientos de agua hacia las partes centrales de la ciudad. Esta condición natural crea un serio problema cuando se presenta la época de lluvias (julio a octubre) ya que, entre otros muchos problemas, ocurren las mayores inundaciones, tal como aconteció entre los años 1950-1952.

Durante los siglos XIV, XV y gran parte del XVI, la Ciudad de México formaba una zona lacustre abundante en ríos, lagos, lagunas, canales y manantiales. Gracias a los testimonios históricos se sabe que la cuenca de México constituía un área de belleza natural extraordinaria, rodeada de montañas y de una extensa zona de lagos que originaba una sola masa de agua en la temporada de lluvias. Al norte de la cuenca estaba el lago de Zumpango; hacia el sur los lagos de Xaltocan y San Cristóbal Ecatepec, de los cuales salía una especie de riachuelo en direc-

ción al poniente. Así, la cuenca cubría todas las tierras existentes de norte a sur, abarcando las poblaciones de Xochimilco, Tláhuac y Texcoco, al oriente; Azcapotzalco y los alrededores de Tlalnepantla y Tlalpan.

Con toda seguridad podemos afirmar que en la época prehispánica el Valle de México era un lugar abundante en flora y fauna, dotado de extensa vegetación, de agua dulce y agua salada, muy rico en recursos naturales, características que por obvias razones hacían un paisaje peculiar, digno de maravillar a todo aquel que llegaba de fuera. De acuerdo con varios testimonios históricos, se puede inferir que el equilibrio hidrológico en ese entonces era estable. La cuenca estaba cubierta por grandes lagos y montañas. Los depósitos acuíferos se mantenían al borde de su capacidad y no existía el deterioro ecológico que siglos después transformaría a la ciudad.

La cuenca del Valle de México constituía también una unidad ecológica. Sin embargo, debido a la alta concentración demográfica y a su creciente urbanización, ha sufrido severas alteraciones en su equilibrio hidrológico. Las inundaciones sólo son una prueba de ello. Sin embargo, cabe aclarar que el deterioro ecológico de la cuenca comenzó mucho antes de la Conquista. Una manifestación de este deterioro es la erosión de los suelos, aunque no se sabe con exactitud a partir de qué momento se inició ésta.

Sherburne F. Cook y Woodrow Borah¹ estudiaron el área de San Juan Teotihuacan para conocer mejor el fenómeno de la erosión. San Juan Teotihuacan no se ca-

* Este trabajo tiene como base la tesis de licenciatura que actualmente desarrollo en la ENAH, con el apoyo del CIESAS.

¹ Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, México, FCE, 1989, pp. 119-122.

racterizó por contar con algún destacado rasgo topográfico, aunque el área ha sido estudiada por los arqueólogos. Antes de los estudios de Borah y Cook se pensaba que la población teotihuacana, al igual que el cultivo de maíz, había surgido en periodos muy tempranos. Lo anterior provocó una erosión importante del suelo hasta llegar al caliche. En contraste, otros estudiosos como Gibson² opinan que el ecosistema de la cuenca del Valle de México aceleró su deterioro ecológico a partir de que los españoles construyeron grandes casas, en virtud de que hubo necesidad de talar una gran cantidad de árboles, además de utilizar su madera como combustible. Para este autor, los arados traídos por los españoles penetraban más profundamente en la tierra que las coas utilizadas por los indígenas; además, el ganado dejaba desnudo el terreno y los nuevos sistemas de riego y los molinos harineros concentraban o distribuían las afluencias del agua. Gibson sostiene que ninguno de estos elementos fue desastroso en sí, pero el efecto combinado a través del tiempo provocó una disminución del terreno agrícola. En la estación de lluvias, las tierras altas bajaron hasta el fondo de la cuenca; se hizo presente la erosión y las laderas antes cultivables se volvieron yermas.³ En este sentido el planteamiento de Ángel Palerm es sugerente cuando se refiere al hombre “como un ser ecológicamente dominante que crea una dependencia natural total, a partir de la agricultura, momento justo en el que crea su mundo y convierte su medio natural en cultural, pasando a ser hijo de sus propias obras”.⁴

La gran Tenochtitlan se había transformado radicalmente y con ella su vasto ecosistema; lo mismo ocurrió con las técnicas utilizadas para tratar los problemas lacustres. La ciudad novohispana crecía cada vez más y enfrentaba serios problemas debido a la incapacidad para controlar el agua; parecía que el destino era vivir con frecuentes inundaciones que provocaban pérdidas tanto materiales como humanas. Con el paso del tiempo estos problemas cobraron mayor interés y hubo ingenieros dedicados a estudiar los mecanismos para desaguar la ciudad. Sin embargo, la solución a este problema fue lenta y al llegar al periodo independiente los avances aún eran insuficientes. Fue hasta el siglo XIX cuando empezaron las grandes obras para el desagüe de la ciudad.

La geografía de la cuenca sufrió diversas transformaciones con las obras emprendidas por Porfirio Díaz, quien

² Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI, 1983.

³ *Ibidem*, pp. 9-10.

⁴ Ángel Palerm, *México prehispánico evolución ecológica del Valle de México*, México, Conaculta, 1990, p. 21.



La inundación de 1951 en las calles del centro de la Ciudad de México. (Fuente: AHA, Consultivo técnico, exp. 1383, caja 173, f. 19)

en su afán por modernizar la capital del país intentó poner fin a sus principales problemas hidrológicos (inundaciones, saneamiento y abastecimiento de agua). Díaz consideraba que una ciudad que anhelaba entrar por la puerta de la modernización y el progreso, no podía hacerlo si carecía de un excelente sistema de desagüe; menos aún podía hacerlo si padecía de inundaciones que súbitamente la hacían volver a la época lacustre de la gran Tenochtitlan.

El desagüe

Desde la época prehispánica se realizaron proyectos de desagüe, tales como la construcción de diques y albarradones. Durante la época colonial prosiguieron este tipo de obras, entre las que destacaron las de Simón Méndez,⁵ que en 1630 propuso abrir un canal que partiría del lago de Texcoco. Este canal, unido a un túnel de 13 000 m de longitud, se ejecutaría con 28 lumbreras y daría salida a las aguas del valle por el río de Tequiquiac. Fue esta obra la que sobrevendría después de la inundación de 1629, que tuvo una duración de cinco años.

El siglo XIX fue conocido como la época de oro del desagüe, se presentaron muchos proyectos para solucionar los problemas del drenaje, entre ellos proyectos de ingenieros extranjeros como Enrico Martínez, Adrián Boot⁶

⁵ Luis González Obregón, “Introducción”, en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras de desagüe del valle de México*, México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902.

⁶ Alain Musset, *El agua en el valle de México, siglos XVI-XVIII*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Pórtico de la Ciudad de México, 1992.



La calle Artículo 123 durante la inundación de 1951. (Fuente: *Memoria de las obras del sistema de drenaje profundo del Distrito Federal*, t. II, 1975)

y el teniente M. L. Smith, quien fue oficial ingeniero del ejército estadounidense. Sin embargo, los ingenieros mexicanos lograron imponerse a los extranjeros: Francisco de Garay, Miguel Iglesias, Luis Espinosa, entre otros más, plasmaron sus ideas en diversos proyectos y mostraron gran preocupación por los problemas del desagüe, presentes en cada temporada de lluvias.⁷

El 17 de marzo de 1900 se concluyeron las obras del desagüe. Díaz inauguró el proyecto ante la presencia de los miembros de su gabinete, el cuerpo diplomático, las autoridades del ayuntamiento, los poderes legislativo y judicial, la Junta Directiva del Desagüe, técnicos de la misma y otras personalidades. Estos individuos fueron testigos de la iniciativa presidencial para abrir las compuertas de San Lázaro y del Gran Canal, con el fin de dar cauce a los residuos y el agua de la ciudad. El canal de San Lázaro, ubicado en el barrio del mismo nombre, y el túnel de Tequixquiac son los que dieron continuidad al Gran Canal. El acto fue solemne y se organizó un banquete en la ciudad de Zumpango. Con esta magna obra se creyó poner fin a los problemas de drenaje y a las inundaciones de la Ciudad de México que desde tiempos atrás la habían afectado. Sin embargo, en 1900 no se sospechaba que la ciudad iba a entrar en una etapa de crecimiento acelerado, y que las obras inauguradas en ese año serían insuficientes. La capital además perdería el equilibrio hidrológico que afectaría a la sociedad y a su entorno natural.⁸ Cabe mencionar que en este mismo

año, el ingeniero Roberto Gayol⁹ propuso la red de alcantarillado para toda la ciudad por medio de colectores y atarjeas que fusionaría las aguas negras con las pluviales. Mediante esta obra se cobraba conciencia de que el agua no se consumía en su totalidad cuando era usada, sino que llevaba desechos del consumo humano, residuos de procesos productivos, materia orgánica diversa y sedimentos con innumerables sustancias y microorganismos que dañaban severamente la salud y el ecosistema.¹⁰

Por otra parte, también es importante señalar que antes de 1950 se pensó en la necesidad de construir un nuevo túnel que más adelante sería conocido como el “segundo túnel de Tequixquiac”, cuya función consistía en auxiliar al realizado en 1900, ya que conforme crecía la ciudad era evidente que el primer túnel era insuficiente. En 1950 se llevó a cabo otra obra hidráulica de gran importancia: la introducción de agua potable a la Ciudad de México, procedente de los manantiales del río Lerma, en virtud de que los manantiales de Xochimilco no satisfacían las necesidades primordiales para el creciente número de habitantes.¹¹

Así, desde la época prehispánica la Ciudad de México padeció periódicamente el impacto de las inundaciones, y por consiguiente los problemas del desagüe. Desafortunadamente, no se cuenta con suficientes registros acerca de las inundaciones ocurridas en ese periodo. Sin embargo, para el periodo de la Colonia se dispone de más evidencias y estudios, principalmente de las inundaciones de 1604, 1607, 1615, 1623, 1627 y, sobre todo, la de 1629.¹² De esta última, Richard Boyer realizó un im-

⁹ Los siguientes datos se encuentran en la presentación de Clifton Kroeber al libro del ingeniero Gayol, titulado “Dos problemas de vital importancia para México: La colonización y el desarrollo de la irrigación”. Roberto Gayol nació en Tulancingo, Hidalgo, en 1857 y fue uno de los más grandes ingenieros mexicanos. En 1881 obtuvo el grado de ingeniero civil en el Colegio de Minería. A partir de entonces destacó en el campo de la planeación y supervisó las grandes obras públicas de la Ciudad de México. Se desempeñó además como consultor y asesor en el gobierno federal de 1880 a 1920. Murió en 1936.

¹⁰ Gabriel Quadri de la Torre, “Significado y desafíos institucionales de la recuperación del lago de Texcoco”, en González de León, *La Ciudad de México y sus lagos*, México, Clío, 1998, pp. 33-42.

¹¹ Alejandro Rosas Robles, “La ciudad en el islote”, en *La Ciudad de México...*, *op. cit.*, p. 34.

¹² De acuerdo con varios estudios, se tiene registro de las siguientes inundaciones: 1382, 1446, 1449, 1499, 1500, 1517, 1523, 1551, 1555, 1579, 1580, 1604, 1607, 1615, 1623, 1627, 1629, 1630, 1632, 1674, 1707, 1714, 1747, 1763, 1792, 1795, 1806, 1819, 1855, 1865, 1875, 1910, 1930, 1941, 1942, 1944, 1950, 1951, 1952. Véase Richard Boyer, *La gran inundación. Vida y sociedad en México (1629-1638)*, México, Sepsetentas, 1975; Alain Musset, *op. cit.*, y Gloria Valek Valdés, *Agua, reflejo de un valle en el tiempo*, México, UNAM, 2000.

⁷ *Memoria de las obras del sistema de drenaje profundo del Distrito Federal*, t. II, México, DDF, 1975, p. 171.

⁸ *Ibidem*, p. 182.

portante estudio en el que expuso las consecuencias que padeció la Ciudad de México durante los cinco años que quedó prácticamente bajo el lodo y las aguas contaminadas.¹³ Por otra parte, Alain Musset señaló que la historia de la Ciudad de México siempre ha estado ligada al agua y que las inundaciones son prueba de ello. Musset consideró que la inundación de 1629 fue una de las más graves de la época colonial y que las obras del desagüe emprendidas por Enrico Martínez¹⁴ no evitaron que la ciudad permaneciera cinco años bajo el agua. Durante esta inundación, la población indígena fue la que resultó más afectada, pues se calculó que el número de muertos ascendió a más de 30 000.¹⁵

Como ya se mencionó, Gibson hizo un espléndido análisis sobre los grupos humanos que habitaron el Valle de México. En ese estudio, el autor examinó los cambios que sufrió la población de la cuenca y sus recursos naturales durante y después de la Conquista. En esa obra se observa cómo las inundaciones ocasionaron innumerables pérdidas materiales y humanas, así como severos daños económicos y ambientales. En la Colonia se buscaron diversos medios para erradicarlas, y gracias a las obras de carácter hidráulico se logró enfrentarlas con cierta eficacia.¹⁶

Una de las explicaciones propuestas acerca del origen de las inundaciones en la Ciudad México, ha sido la diferencia de niveles existentes entre la ciudad y el Gran Canal. Otro argumento es la incapacidad de bombear el exceso de agua originado por el aumento de precipitaciones pluviales.

Las inundaciones de 1950-1952

Las inundaciones originadas por el exceso de precipitaciones fueron erradicadas a finales del siglo XIX, gracias a la construcción de las obras de Nochistongo, Gran Canal y el túnel de Tequixquiac (en 1900), cuando se abrió la cuenca cerrada del valle y se inició su drenaje. Para el siglo XX, esas obras habían ayudado en gran medida a contrarrestar este problema. Sin embargo, en 1910, 1930, 1940 y 1950 se demostró que eran insuficientes, ya que durante esos años la Ciudad de México volvió a inun-

darse. Ahora bien, es importante aclarar que las inundaciones de 1950 ocurrieron después de un exitoso proyecto de abastecimiento de agua potable (Proyecto Lerma), lo que evidenció el fracaso de las obras hidráulicas emprendidas hasta entonces. Además coincidieron con una etapa de crecimiento urbano vertiginoso, situación muy distinta a la de 1910, 1930 o 1940 en que el número de habitantes era menor al que había para la década de 1950. De cierta manera podemos decir que a raíz de las inundaciones de 1950-1952 el deterioro ambiental empezó a formar parte de la preocupación de ciertos ámbitos del gobierno y la sociedad; se tomó mayor conciencia del problema y adquirió mayor importancia.

El crecimiento demográfico de la ciudad se convirtió en un fenómeno social que muy pronto trajo consigo severas consecuencias. Se deterioraron las condiciones de vida de la capital, la vivienda se convirtió en un grave problema de transformación urbana. La ciudad empezó a crecer sin una adecuada planeación, la demanda de los servicios públicos fue mayor, el abastecimiento de agua disminuyó, y gran parte de la sociedad carecía de este vital elemento. Así, el fenómeno de urbanización que envolvió a la ciudad cobró fuerza y se encaminó hacia una acción de predominio casi espontáneo;¹⁷ en este sentido González de León afirma:

Las ciudades no las hacen los planeadores ni mucho menos los arquitectos: las hace la sociedad en su conjunto y con la ayuda del tiempo. Y la sociedad ha cambiado y no es la sociedad homogénea y ordenada del siglo pasado, es una sociedad plural con aspiraciones y gastos diversos y contrarios, que se está retratando en la forma contrastada y variopinta de la ciudad actual.¹⁸

¿Qué implicaciones tendría la política en el desarrollo y progreso de la ciudad de México? La respuesta es muy compleja, ya que los intereses e ideologías de cada individuo o grupo varía, además de que los acontecimientos ocurrieron en un tiempo relativamente corto. Ávila Camacho fue el primer líder posrevolucionario que fomentó y encaminó al país hacia un rápido proceso de industrialización y urbanización. Él pensaba que la capital debía convertirse en un espacio más tangible de modernidad y progreso. Mas tarde, durante el sexenio de Miguel Alemán, la Ciudad de México adquirió una nue-

¹⁷ Alberto Kalach explica la urbanización como parte de un proceso de desarrollo social y político; define asimismo a la ciudad como una expresión de la sociedad que la construye. Véase González de León, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹⁸ *Ibidem*, "Prólogo", p. 11.

¹³ Richard Boyer, *op. cit.*, p. 11.

¹⁴ Enrico Martínez explicó que la ciudad se inundaba porque las calzadas y los diques existentes no eran efectivos para cumplir con la función del desagüe, por lo que en su proyecto la solución más viable era desecar las lagunas de la cuenca. Ver Alain Musset, *op. cit.*, p. 188.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ Charles Gibson, *op. cit.*, p. 9.

va fisonomía urbana. Se trató de una época flamante en cuanto a la economía de la capital. Sin embargo, Alemán no contempló que el acelerado proceso de industrialización y el crecimiento desmedido de la población urbana traerían consigo consecuencias que repercutirían en la sociedad y en el medio ambiente.

A partir de las inundaciones de 1950, la capital de México fue la primera ciudad del mundo que tuvo la necesidad de bombear las aguas negras de un colector a otro y de éstos al Gran Canal del Desagüe, cuyo nivel estaba 1.50 m más alto que los ductos que ahí llegaban.¹⁹ En estas mismas fechas, la parte más afectada de la ciudad fue la zona centro, ya que permaneció inundada por varios días, y en algunos lugares el nivel del agua fue aproximadamente de tres metros. Se derrumbaron casas, los automóviles fueron arrastrados y hubo un considerable número de damnificados. Al año siguiente ocurrió otra grave inundación, quizá peor que la de 1950, debido a la caída de algunas casas y edificios que habían resistido en la primera inundación. En 1952 se presentó otra inundación que tuvo mayor impacto y la ciudad volvió a inundarse.

De acuerdo con los datos publicados por el diario *Excélsior*, el 20 de junio de 1950 comenzó la inundación que se agravó en los dos siguientes años.²⁰ El problema generado por las fuertes lluvias del mes de junio se agudizó ante la falta de previsión de los ingenieros encargados de entubar el río Piedad. El aguacero del 20 de junio canalizó las aguas por el antiguo cauce del río, y luego se desbordaron hacia el sur, desde las calles de Medellín hasta la calzada de la Piedad, en donde fueron arrasadas numerosas casas que se encontraban en los márgenes del río.

La respuesta del gobierno se limitó a localizar los colectores para desaguar la zona afectada, labor que realizó el cuerpo de bomberos, mediante la colocación de gran cantidad de sacos de arena en el bordo del río para evitar que se invadiera la parte oriente de la calzada Piedad. Con el desbordamiento del río de la Piedad, las aguas inundaron también gran parte de la colonia del Valle y la calzada Obrero Mundial, en donde se afectaron casas particulares y comercios.

¹⁹ Héctor, M. Romero, "La ciudad de México: tiempo histórico y espacios urbanos", en *Universidad de México*, vol. XLV, 1990, p. 29.

²⁰ Es importante mencionar que las apreciaciones de los relatos que describen las inundaciones de 1950 a 1952 son retomadas de los periódicos *El Universal* y principalmente del *Excélsior*. Asimismo, estos relatos se complementan con información disponible en el Archivo Histórico del Agua (AHA).

El Universal también proporcionó datos acerca del inicio de la inundación de 1950. Al respecto, se menciona que todo comenzó el día 19 de junio, poco antes de las nueve de la noche, cuando se desbordó en forma inesperada el río de la Piedad, precisamente a partir de la esquina de las calles de Monterrey y la calzada Obrero Mundial. Las aguas invadieron agresivamente parte de la colonia Roma Sur, y la lluvia derrumbó casas de adobe, ladrillo y otros materiales menos resistentes como el cartón.²¹

El 24 de junio de 1950, a unos cuantos días de haberse desbordado el río de la Piedad, cayó una nueva tormenta que volvió a inundar importantes zonas de la ciudad de México; fue necesario que los ingenieros Manuel Torres y Valentín Venegas Ruiz, directores de Obras Públicas y Aguas y Saneamiento, respectivamente, tomaran inmediatamente cartas en el asunto organizando cuadrillas de trabajadores para contener las aguas del río de la Piedad y así evitar otra inundación como la ocurrida a principios de junio. La Merced fue otra colonia afectada. Hacía poco tiempo que algunas de sus calles estaban repletas de desperdicios, grasas, cáscaras de fruta y demás desechos que obstruían las tuberías.²² Afortunadamente en 1950 el agua corrió con facilidad, gracias a las labores recientes de limpieza de tuberías y atarjeas.

Sin embargo, la naturaleza volvió a arremeter el 4 de julio de 1950, cuando las fuertes lluvias volvieron a provocar escenas de angustia y de dolor al desbordarse los ríos de la Piedad, Consulado y Churubusco. Hubieron inundaciones en la parte occidental de la ciudad, y se afectó a pobres y ricos, aunque en mayor medida a los primeros. Los daños y acciones emprendidas con motivo de la inundación de 1950, aludidos por los periódicos, fueron los siguientes:

- Hubo muertos y heridos a causa de las inundaciones: *Excélsior* publicó el 5 de julio que los bomberos habían rescatado los cadáveres de dos personas que murieron ahogadas en la estación de radio XEK, debido a que se inundó la planta baja. El día 6 de ese mismo mes se comunicó sobre la muerte de una señora ahogada en el sótano de su casa, así como la de un hombre que fue arrasado por las aguas del Canal del Desagüe.
- Centenares de vidas fueron salvadas gracias a la intervención de la Cruz Roja, Cruz Verde y a la intensa labor del cuerpo de Bomberos.

²¹ *El Universal*, 20 junio de 1950.

²² *Excélsior*, 24 de junio de 1950.

HISTORIA

- Se registraron hechos inesperados, como el de una señora que al ser arrastrada por la turbulenta corriente, en una calle dio a luz a una niña en los momentos más críticos. Afortunadamente fue auxiliada a tiempo por la Cruz Verde.
- Los daños materiales originados por la inundación a casas particulares y vecindades, así como a vehículos de todos los modelos fueron incalculables.
- Como una de las principales acciones, cuatrocientos trabajadores dependientes de la Dirección de Agua y Saneamiento del Departamento del Distrito Federal trabajaron toda la noche con equipos apropiados, tratando de contener la inundación.

La fuerte tormenta del 4 de julio convirtió las calles de la ciudad en broncos arroyos. Los ríos de la Piedad, Churubusco, Consulado y otras corrientes fluviales se desbordaron por diferentes sitios inundando extensas zonas. Al desbordarse el río Consulado, se inundó la colonia Valle de Gómez, habitada en su mayoría por gente de escasos recursos.

Otra colonia que también sufrió el impacto de las inundaciones, fue la de Tacubaya, en donde la iglesia San Miguel, ubicada en la calle de José María Morán, requirió la intervención urgente de la Cruz Roja, ya que los feligreses dedicados a la oración estaban atrapados ante el peligro de ahogarse. El agua se convirtió en un verdadero río que arrastró vehículos y piedras, bajando estruendosamente por aquella vía de tránsito que inundó rápidamente el pueblo. La corriente se llevó muebles, animales muertos y desechos de toda especie.

Un ingeniero encargado de las obras del túnel de Barrilaco, en las Lomas de Chapultepec, solicitó ayuda a los bomberos para rescatar a 60 trabajadores que se encontraban en el interior de la obra y que fueron sorprendidos por las fuertes lluvias. Los obreros quedaron bloqueados por el agua que subía hasta alcanzar una altura de tres metros: “la desesperación de los trabajadores llegó a tal grado que algunos intentaron nadar sin saber hacerlo, otros gritaban en demanda de auxilio y otros sólo se habían resignado a esperar la muerte”. Los bomberos que fueron enviados al Barrilaco llevaron consigo lanchas y de manera inmediata nadaron para ayudar a los trabajadores, a pesar del nivel del agua; ésta estaba helada y los cuerpos de los obreros amoratados, casi desnudos. Finalmente, a pesar de la topografía del terreno y del continuo crecer de las aguas, se logró controlar la situación y salir con éxito.²³



La calle Independencia durante la inundación de 1951. (Fuente: *Memoria de las obras del sistema de drenaje profundo del Distrito Federal*, t. II, 1975)

La avenida Chapultepec se inundó casi por completo a la altura de las calles de Florencia, en donde el agua arrastró piedras y automóviles. Hacia Parque Lira, el agua cenagosa alcanzó gran altura y por las calles del Molino del Rey, que iban de bajada, corrían enormes piedras. San Pedro de los Pinos fue otra colonia afectada por la inundación, al igual que Chapultepec y Polanco. En todas partes la inundación dejó huella: en la avenida Veracruz el agua subió en forma considerable; en Ermita Tacubaya varios autos quedaron bajo las aguas; los accidentes no se hicieron esperar: un árbol se cayó en la calle de Pitágoras, colonia Narvarte, y lesionó a una señora; en el edificio del IMSS, en la colonia del Valle, la inundación provocó daños materiales; la avenida Melchor Ocampo también se encontraba completamente inundada. En estos lugares, los vigilantes de tránsito se quitaron los zapatos, se subieron los pantalones a media pierna y con el agua más arriba de la rodilla continuaron vigilando la circulación de vehículos.

Es interesante mencionar cómo las argumentaciones de ciertas autoridades se vinieron abajo durante la inundación. Por ejemplo, los técnicos del Departamento del Distrito Federal habían declarado que gracias a la nueva tubería para drenar varias calles del centro, se erradicarían definitivamente las inundaciones. Sin embargo, en 1950 el impacto de las fuertes lluvias desechó tales afirmaciones, y las calles que aparentemente estaban fuera de peligro se inundaron por completo.²⁴ Ante estos hechos, el gobierno se apresuró a concluir algunas otras obras, como el entubamiento de los ríos la Piedad y Consulado.

²³ *Ibidem*, 5 de julio de 1950.

²⁴ *Ibidem*, 6 de julio de 1950.

A partir de julio de 1950 también empezaron a aparecer noticias relacionadas con el temor de algún brote epidémico, ya que con una tubería tan incipiente, el agua de lluvia se combinaba con las aguas negras y al no encontrar una salida podría desatarse un sinnúmero de padecimientos gastrointestinales.²⁵

En el mes de agosto de 1950 se registró una fuerte lluvia y de nueva cuenta se inundaron varias colonias. El granizo dañó anuncios luminosos, se produjeron varios cortos circuitos y el tránsito se convirtió en una verdadera locura. El periódico comentaba que “hacía casi diez años que no caía sobre la capital una granizada tan abundante y prolongada, como la del viernes 25 de agosto de 1950, misma que azotó el centro, el norte y el oriente de la ciudad”. Durante varios minutos, los capitalinos observaron cómo descendía el pedrisco que, acompañado de una lluvia tormentosa, provocó una segunda y extensa inundación de la ciudad en esa temporada de lluvias. La inundación afectó varias colonias de la ciudad, pero las más afectadas fueron las del norte y oriente del Centro Histórico, o sea el llamado primer cuadro. En el norte se reportó el mayor número de daños, principalmente en la Villa de Guadalupe; en el oriente, tanto en el Peñón como en las colonias proletarias inmediatas, la inundación fue total. Las calles más afectadas fueron Santa María la Redonda, Santa Veracruz, Orozco y Berra, Guerrero, Magnolia, Camelia, República de Chile, Perú, Juan Álvarez, Jesús Carranza, Revillagigedo, Toltecas, Arteaga, Galeana y otras muchas del centro.²⁶ Esta zona se encontraba justamente en medio de los ríos la Piedad y Consulado, cuyos caudales se desbordaron a consecuencia de las fuertes lluvias de los meses de junio a octubre.

La calle Doctor Liceaga era una gigantesca alberca para los automóviles. El agua no tenía una salida a causa del pésimo servicio de drenaje y los derrumbes continuaban al igual que los problemas de tránsito. Torrentes de agua inundaron las calles de diferentes rumbos de la ciudad. El agua penetró en los pisos bajos de comercios y casas particulares, causando daños estimados en cerca de medio millón de pesos. Los accidentes fatales no faltaron, varias construcciones de adobe que se hallaban a la altura del km 16 de la carretera Contreras se derrumbaron. Una mujer que no fue identificada quedó sepultada por los escombros. Los bomberos trabajaron durante varias horas con el objeto de destapar las coladeras y dar salida a la corriente. La inundación del mes de octubre de 1950 fue tan intensa que alcanzó sitios que antes se habían salvado.

En el mes de octubre ocurrió un fenómeno que al siguiente año se convirtió en un grave problema. En algunas colonias el agua creció a tal nivel que tapó los conductos e hizo que flotarían los desperdicios del drenaje. En la refinera de Azcapotzalco, el petróleo se desbordó por las tuberías a consecuencia de gran cantidad de agua. En la esquina de las calles de Bucareli y Ayuntamiento había más petróleo que agua.

En las calles 16 de Septiembre, Madero, Tacuba, así como otras que convergían en el Zócalo, muchos vehículos quedaron apresados por el lodo que afectó seriamente sus motores. Algunas personas decidieron quedarse en sus autos para evitar un baño con agua llena de lodo y otras materias.

Los encargados de las labores de saneamiento fueron los bomberos, quienes presentaron un informe en el que señalaban que las calles más afectadas fueron: Argentina, Brasil, Donceles, Carmen, Emiliano Zapata, Correjidora, Pino Suárez, 5 de Febrero, 5 de Mayo, Santa María la Redonda y otras avenidas del centro. Las colonias Roma, Roma Sur, Álamos, Condesa, Santa María la Ribera, Peralvillo y Vallejo también fueron afectadas por la tormenta; las calles parecían canales de Xochimilco. La inundación afectó de manera considerable a la gente que vivía en los suburbios de la ciudad, en esas zonas varias calles carecían de asfalto y el agua y la tierra formaron un espeso lodo que apenas permitía caminar. Por otra parte, Tacubaya y otras colonias proletarias, que se encontraban alrededor de la Villa de Guadalupe, así como las que se localizan al sur de la capital, quedaron convertidas en verdaderos pantanos. En estos lugares, la gente tuvo que trabajar intensamente para sacar el agua de sus casas y evitar que los techos de lámina y cartón se derrumbaran.²⁷

A partir de 1950, las autoridades gubernamentales consideraron que estos fenómenos deberían evaluarse seriamente y encontrar soluciones efectivas para resguardar a la ciudad y a sus habitantes de un problema hidrológico que en cada temporada de lluvia se acrecentaba.

Desafortunadamente, no se lograron materializar todos los proyectos, y la ciudad nuevamente volvió a inundarse en 1951 y 1952. Quedaron pendientes muchas labores de saneamiento, además de que todavía había un número significativo de damnificados. Comerciantes del Centro Histórico y del mercado de la Merced, apenas empezaban a recuperarse de las pérdidas materiales cuando en julio de 1951 aparecieron nuevas tormentas.

²⁵ *Ibidem*, 9 de julio de 1950.

²⁶ *Ibidem*, 25 de agosto de 1950.

²⁷ *Ibidem*, 9 de octubre de 1950.



Ciudad de México, 1951. (Fuente: Diane Davis, *El levitán urbano. La Ciudad de México en el siglo xx*, 1999)

El gobierno federal se interesó particularmente por estudiar el origen de las inundaciones de 1950. De antemano, se sabía que el crecimiento desmedido de la ciudad y el pésimo estado de las obras del drenaje eran factores determinantes. Por esto se recomendó su pronta reparación, sobre todo en colonias como la Merced, que de manera reiterada era afectada por las inundaciones. Pero, la respuesta gubernamental más importante se dio en 1951 con la creación de la Comisión Hidrológica de la Cuenca del Valle de México.²⁸

El periódico *Excélsior* mencionó que el día 9 de julio, la capital había sufrido una de las peores inundaciones, pues aproximadamente un millón de habitantes resultó afectado por la tormenta. Otra declaración que coincidió con la información anterior fue publicada por *El Universal*: “300 familias habían quedado sin hogar a causa de una fuerte tormenta”.

En la zona de la Merced, entre las calles de Correo Mayor y Roldán, el agua subió varios centímetros y entró a los comercios provocando que la mercancía almacenada se empezara a descomponer: “verduras, frutas, zapatos, telas y demás cosas flotaban ante la impotencia y desesperación de los comerciantes”. La colonia Guerrero también se vio afectada por las lluvias; los vecinos se vieron en la necesidad de llamar a los diarios para quejarse y exponer la gravedad del problema: “tenemos agua arriba de las rodillas. No podemos entrar a nuestras casas. Por las coladeras sale agua revuelta de inmundicias...”

Otras calles afectadas fueron Mosqueta (entre Guerrero y Héroes), Camelia, Santa María la Redonda, Ra-

yón, Jaime Nunó, Moctezuma, Degollado, Soto, Guerrero, Pedro Moreno y otras. En Santa María la Ribera, específicamente en las calles de Díaz Mirón, los vecinos se transportaban de un lado a otro en los hombros de quienes se alquilaban como cargadores y hacían de la inundación un negocio. También resultaron afectadas colonias en donde vivía gente de clase media: Santa María la Ribera, San Rafael, Portales, Tlalpan, San Pedro de los Pinos, Nápoles, Doctores, Roma, Obrera, Álamos y Buenos Aires.²⁹ Los bomberos y demás elementos de la policía se movilizaron en varios carros transporte por diferentes rumbos de la ciudad para prestar ayuda a quienes la necesitaban y para desalojar el agua de las viviendas.³⁰

La inundación que padeció la ciudad durante el mes de julio se calificó como una de las más desastrosas de los últimos tiempos. Las pérdidas materiales fueron considerables, gran número de viviendas, negocios, edificios públicos y de espectáculos fueron invadidos por el agua. El Departamento del Distrito Federal construyó plantas de bombeo en las áreas urbanas más afectadas de la ciudad, sin embargo éstas se convirtieron en trampas para transeúntes y autos.

De acuerdo con la fuente periodística, “en la avenida Juárez, frente a la Secretaría de Relaciones, una niña y una persona ciega cayeron en una fosa en donde por poco perecen ahogados”. El entubamiento del río Consulado aún no estaba concluido en su totalidad y de nueva cuenta se desbordó en los tramos de la colonia Tlatilco, una de las zonas más populosas de la ciudad. Hacia el extremo poniente se anegó toda la zona del sanatorio Español, en donde se tuvieron que tomar medidas de emergencia para proteger a los enfermos. En la estación de bomberos había poco que hacer contra las inundaciones. Las bombas que tenían en esa corporación habían sido enviadas a los lugares en donde el nivel del agua era más alto, como en la Villa de Guadalupe, Santa Julia, Tacubaya y Tlatilco. Ni los lugares de entretenimiento se salvaron del impacto de las fuertes lluvias. En el cine Savoy se vivieron escenas de pánico debido a que una de las paredes se abrió. Cuando la lluvia fue más intensa el agua comenzó a caer en los espectadores, quienes pronto abandonaron sus asientos temerosos de los derrumbes que pudiera causar el agua. Con bastante nerviosismo intentaron llegar a la salida empujándose unos a otros, lo que ocasionó que algunas personas terminaran con leves lesiones. Las bodegas del periódico *Excélsior* tam-

²⁸ AHA, Consultivo técnico, exp. 1383, c. 173, f. 30-31.

²⁹ *Excélsior*, 9 de julio de 1951.

³⁰ *Ibidem*, 10 de julio de 1951.

bién se inundaron y se perdió gran cantidad de papel. Los sótanos del periódico *El Universal* también se dañaron y las máquinas sufrieron cuantiosos desperfectos. La salida del teatro Chino quedó bloqueada por la inundación, debido a que la calle de Bucareli en donde se encontraba se inundó.³¹ Las familias más afectadas que habitaban las colonias más populares como eran Guerrero, Santa Julia, Tlatilco y La Villa de Guadalupe demandaban lo siguiente: “Queremos obras que realmente acaben para siempre con las inundaciones.” Por su parte, el canal de desagüe subió notoriamente su nivel e impidió que las aguas se drenaran con la prontitud requerida.

Con el desbordamiento del Gran Canal de inmediato se presentaron problemas de insalubridad, asunto que ya se había dejado ver el año anterior. En el primer cuadro de la ciudad, en las inmediaciones del mercado de San Juan, las aguas negras emergieron de las atarjeas, se concentraron en diversas calles y permanecieron ahí por casi una semana hasta que fueron impulsadas por bombeo al colector inmediato.

Las inundaciones de 1951 obligaron a las autoridades gubernamentales a aplicar medidas de emergencia y prestar ayuda a todos los damnificados. Las brigadas de Salubridad no se hicieron esperar, debido a la preocupación de que aparecieran brotes epidémicos, a consecuencia de las abundantes lluvias. Los días 19 y 23 de julio las tormentas contribuyeron a que la capital siguiera inundada. Para el día 28, las consecuencias se manifestaron de diversas formas. Una de ellas fue la reubicación de varias familias que habitaban en las zonas urbanas de gran peligro, como las del centro en donde se desalojaron algunas vecindades. En algunos casos, estos desalojos se realizaron con el objeto de salvar a las familias de los derrumbes, pero en otros los propietarios tomaron de pretexto las inundaciones para desalojar a los inquilinos y ya no recibir rentas congeladas. Ante estas injusticias fue necesaria la intervención de algunas autoridades, quienes obraron en favor de los inquilinos, brindándoles apoyo para continuar en sus viviendas, o bien otorgándoles ayuda económica para reparar los daños, que en buena medida se debían también a la falta de mantenimiento por parte de los dueños.³²

Las lluvias cesaron en los meses siguientes, sobre todo a partir de septiembre de 1951. Para octubre, el nivel de precipitación había disminuido considerablemente. Las noticias de los periódicos relacionadas con la inundación también dejaron de aparecer.

³¹ *Ibidem*, 16 de julio de 1951.

³² *Ibidem*, 28 julio de 1951.



Transporte en balsa de hule en la calle 16 de septiembre, 1951. (Fuente: *Memoria de las obras del sistema de drenaje profundo del Distrito Federal*, t. II, 1975)

En junio de 1952, las inundaciones volvieron, las lluvias de nueva cuenta pusieron en jaque a los capitalinos y a las autoridades del gobierno, ya que para 1952 las pérdidas materiales rebasaban los cinco millones de pesos.³³ Esta cantidad representaba una parte de los egresos del Distrito Federal en 1950, cuyo monto total en ese año había ascendido cerca de 340 millones de pesos.³⁴ Para ese entonces los inversionistas ya tenían temor de seguir construyendo edificios en el centro de la ciudad, debido a que la zona estaba constantemente amenazada por las recurrentes inundaciones y el hundimiento del terreno.³⁵ A principios de junio de 1952, la habitual temporada de lluvias generó grandes estragos debido a que se sumó a los dos años anteriores. En esa ocasión el periódico *Excélsior* reportó calles anegadas principalmente en la zona centro, así como interrupciones del tránsito suspendido, vecindades con agua en las habitaciones, y fusión de las aguas de lluvia con aguas negras.³⁶

Una de las peores consecuencias que se temía después de convivir por varios días con agua altamente contaminada, era la del brote de epidemias; por esto la Secretaría de Salubridad intensificó sus labores de prevención para evitar la aparición de tifoideas, paratifoideas y demás padecimientos hídricos. Asimismo hubo brigadas de salubridad que visitaron las colonias Guerrero, Santa Julia, Tepito, Tlatilco y Martín Carrera, donde se aplicaron

³³ *Ibidem*, 3 de junio de 1952.

³⁴ *Anuario Estadístico*, 558.

³⁵ *Excélsior*, 1 de junio de 1952.

³⁶ *Ibidem*, 2 de junio de 1952.

vacunas como la TAB, y llevaron sulfas para evitar cualquier otro tipo de padecimiento.³⁷

Finalmente, el 3 de agosto de 1952 la Dirección de Salubridad y Asistencia anunció que la Ciudad de México había quedado a salvo del peligro de epidemias. Los trabajos de vigilancia higiénica, ayuda asistencial, distribución de medicamentos y volantes de prevención estuvieron a cargo del subsecretario de Salubridad.³⁸ Era necesario iniciar estas campañas de sanidad, ya que en algunas colonias como el mercado de la Merced se presentaron cuatro casos de tifoidea. Por otra parte, el Departamento de del Distrito Federal cooperó inspeccionando daños en la red de agua potable, las cuales en cualquier momento podrían contaminarse con filtraciones de aguas negras. Además, el Departamento del Distrito Federal proporcionó cantidades suficientes de hipoclorito y cal, con las que se rociaron todas las aguas estancadas o negras en las zonas inundadas para evitar que se convirtieran en focos de infección.³⁹

Así, el año de 1952 fue el más lluvioso, específicamente en julio, o sea que en ese año el nivel de precipitación rebasó al de los dos años anteriores. Las colonias más afectadas fueron las de siempre: Guerrero, Peralvillo, Santa Julia, Tacubaya, Tacuba, Mixcoac, Tepito y desde luego la zona centro.⁴⁰

Aunque el cuerpo de bomberos conocía la manera de hacer frente a las inundaciones, el número de colonias e inmuebles afectados era considerable, además los bomberos no se daban a basto. Lo anterior debido en gran medida a que las ocho bombas en servicio se habían dañado en 1951. Sobre esta situación las autoridades del Departamento del Distrito Federal hicieron caso omiso, su respuesta se justificó argumentando que no había dinero de ninguna partida presupuestal para repararlas y varias familias de las colonias antes mencionadas resul-

taron nuevamente afectadas. El agua subió más de metro y medio y se formaron grupos para solicitar ayuda al Departamento del Distrito Federal. Uno de esos grupos sobornó con cincuenta pesos a un funcionario allegado al regente capitalino para obtener prioridad en su petición. Sin embargo, de nada sirvió porque no obtuvo el auxilio que demandaba.⁴¹

A causa de las desquiciantes inundaciones, los comerciantes manifestaron que la capital perdía diariamente un promedio de cien mil pesos, pese al esfuerzo desplegado por las autoridades, quienes constantemente declaraban que pronto cesarían las inundaciones.⁴² Por su parte, el periódico *Excélsior* anunció que “más de 3 mil comercios cerraron a falta de clientela”.⁴³

Las lluvias de 1952 cerraron un ciclo de tres años de severas inundaciones que vivió la Ciudad de México a mediados del siglo xx. Los daños siempre fueron muy similares, las pérdidas materiales afectaron tanto a particulares como a comerciantes. Las promesas de las autoridades gubernamentales no se cumplieron en la medida en que la sociedad lo esperaba. Las demandas de ayuda no fueron atendidas en un cien por ciento, ya que el número de afectados era muy elevado y rebasaba las capacidades de las autoridades del Departamento del Distrito Federal. El panorama de la ciudad era constantemente desolador. La pobreza se podía ver con claridad en las colonias más populosas. El agua se bebía con desconfianza, las calles estaban constantemente llenas de lodo y con fétidos olores. El sexenio de Miguel Alemán estaba a unos meses de concluir y se temía que las obras emprendidas para acabar con las inundaciones quedarán inconclusas, y que el nuevo gobierno se rehusara a hacerse cargo de éstas. Sin embargo, había otro problema aún más grave: la ciudad seguiría creciendo...

³⁷ *Ibidem*, 28 de junio de 1952.

³⁸ *Ibidem*, 1 de agosto de 1952.

³⁹ *Ibidem*, 28 de junio de 1952.

⁴⁰ *Ibidem*, 2 de junio de 1952.

⁴¹ *Idem*.

⁴² *Ibidem*, 3 de junio de 1952.

⁴³ *Ibidem*, 25 de junio de 1952.